

D. ... Flacso-Chile
15 julio 2004

FLACSO - CHILE

Chile 2003-2004

**Los nuevos escenarios
(inter) nacionales**

LIBROS FLACSO-CHILE

320.983
C430
4da
10250

Chile 2003-2004

Los nuevos escenarios (Inter) nacionales

Las opiniones que se presentan en este trabajo, así como los análisis e interpretaciones que en él se contienen, son de responsabilidad exclusiva de sus autores y no reflejan necesariamente los puntos de vista de FLACSO ni de las instituciones a las cuales se encuentra vinculado.

Esta publicación es uno de los resultados de las actividades desarrolladas, en el ámbito de la investigación y la difusión, por FLACSO-Chile. Estas actividades se realizan con el apoyo de diversas fundaciones, organismos internacionales, agencias de cooperación y gobierno de la región y fuera de ella. Especial mención debemos hacer al apoyo de las fundaciones The William and Flora Hewlett Foundation y Fundación Ford.

Ninguna parte de este libro/documento, incluido el diseño de portada, puede ser reproducida, transmitida o almacenada de manera alguna ni por algún medio, ya sea electrónico, mecánico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin autorización de FLACSO.

320.14(83) FLACSO-Chile

F572

Chile 2003-2004: los nuevos escenarios (inter) nacionales. Santiago, Chile: FLACSO-Chile, 2002.

363 p. Serie Libros FLACSO

ISBN: 956-205-186-2

RELACIONES EXTERIORES / DERECHOS HUMANOS /
RELACIONES CIVICO MILITARES / GOBERNABILIDAD /
IDENTIDAD DE GÉNERO / MIGRANTES / JUVENTUD /
PODER LEGISLATIVO / 2003-2004 / CHILE

Inscripción N°138.878. Prohibida su reproducción.

© 2004, FLACSO-Chile

Av. Dag Hammarskjöld 3269, Vitacura.

Teléfono: (562) 290 0200 Fax: (562) 290 0263

Casilla Electrónica: flacso@flacso.cl

FLACSO-Chile en Internet: <http://www.flacso.cl>

Editora: Carolina Stefoni, FLACSO-Chile

Producción: Marcela Zamorano, FLACSO-Chile

Diagramación interior: Marcela Contreras, FLACSO-Chile

Diseño de portada: A•Dos Diseñadores

Impresión: Lom Ediciones

BIBLIOTECA - FLACSO - CHILE
Fecha: 18 jul. 2004
Compra: _____
Proveedor: _____
Canje: _____
Donación: FLACSO - Chile

ÍNDICE

Presentación 5

Chile en el 2004. La agenda nacional 9

I. Chile y el escenario regional

El patio trasero: Estados Unidos y América Latina post Irak
Claudio Fuentes y Francisco Rojas 15

La democracia y la economía
Marta Lagos 35

Crónica de esperanzas y decepciones: América Latina y las negociaciones comerciales con Estados Unidos y la Unión Europea
José Antonio Sanahuja 55

En vez del consenso de Washington: las reformas económicas para crecer con equidad
Ricardo Ffrench-Davis 77

¿El fin de las dictaduras militares?
Andrés Villar Gertner 83

II. A 30 años del Golpe

Memoria y proyecto de país
Manuel Antonio Garretón M. 95

Derechos Humanos en Chile a treinta años del golpe militar
Elizabeth Lira y Brian Loveman 117

Relaciones cívico-militares en el 2003. El año de los gestos
David Álvarez Veloso 145

III. Política y Democracia

La gobernabilidad en los tiempos del caos
Luciano Tomassini 159

Modernización del Estado y financiamiento de la política: una crisis que se transformó en oportunidad
Patricio Navia 177

Cómo perder una oportunidad en política: el caso de la ley de financiamiento electoral en Chile
Claudio Fuentes 195

IV. Economía

El eslabón perdido de la economía chilena
Alexis Guardia B. 215

V. Reflexión e investigaciones en FLACSO

Masculinidades, poderes y vulnerabilidades
José Olavarria 227

Identidad de género, sexualidad y ciudadanía: ejercicio de derechos en mujeres adolescentes
M. Cristina Benavente R. y Claudia Vergara P. 245

Migrantes andinos en Chile: ¿Transnacionales o sobrevivientes?
Lorena Nuñez y Carolina Stefoni 267

La ruina como patrimonio: opinión pública y ciudadanía en (torno a) Valparaíso
Gabriel Guajardo y Gonzalo Rojas 289

Jóvenes frente al estudio y el trabajo: nuevos elementos para la interpretación
Sebastián Madrid P. 299

El Senado chileno: pautas de representación política y perfil ideológico
Detlef Nolte y Francisco Sánchez 323

Nuevos desafíos de la estrategia de crecimiento más gasto social
María Pía Martín 345

III. POLÍTICA Y DEMOCRACIA

LA GOBERNABILIDAD EN LOS TIEMPOS DEL CAOS

Luciano Tomassini¹

El problema de la gobernabilidad de la democracia se planteó por primera vez en América Latina durante el tránsito de la década de los 80 al decenio de los 90. Después de la crisis de la deuda, su renegociación y las políticas de ajuste, la región venía saliendo de lo que la CEPAL denominó una década perdida, y mientras Chile se liberaba de un sangriento régimen autoritario, los gobiernos constitucionales de numerosos países, por muy variadas razones, no pudieron terminar su mandato. Al mismo tiempo, en el este de Europa la revuelta de la sociedad civil contra los gobiernos socialistas soviéticos en nombre de la libertad, el bienestar y el mercado colocaba por primera vez en ese ámbito del mundo el problema de la gobernabilidad de unas nuevas democracias. Es cierto que quince años antes la Comisión Trilateral, creada en 1973 por líderes de los Estados Unidos, Europa Occidental y Japón, a fin de promover la cooperación para resolver sus problemas comunes en el marco de la democracia, encomendó a tres distinguidos académicos un informe sobre la gobernabilidad de dichos sistemas políticos². En dicho informe, sin embargo, el concepto de gobernabilidad quedó más confinado a su título que al análisis de la realidad político-social de los países a que se refería con dicho concepto y éste no creó escuela en el análisis político.

Con todo, independientemente de su origen en el tiempo y de la forma y gravitación que adoptó en otras latitudes, este ensayo se concentra en la preocupación por la gobernabilidad en América Latina, y en los problemas y las agencias que tuvieron mayor presencia en el surgimiento de esta preocupación en aquella época, sin dejar de establecer una fuerte vinculación entre esta área de reflexión y las tendencias globales. Es más, fundamentalmente procura ir más allá de los factores circunstanciales que inciden en este fenómeno en la coyuntura, para esbozar las tendencias de más largo plazo que lo han hecho impredecible en la actual etapa de nuestras sociedades, y las del mundo occidental en su conjunto.

¹ Cientista político, profesor e investigador de FLACSO-Chile.

² M. Crozier, S. T. Huntington y J. Watanuki, *The Crisis of Democracy. Report on the Governability of Democracies to the Trilateral Commission*, New York University Press, 1975.

Son precisamente éstas las que inspiran la última palabra del título. Según el diccionario de la Real Academia la palabra caos –del griego chaos– consiste en un estado amorfo e indefinido que se supone anterior a la construcción del cosmos y es sinónimo, por consiguiente, de confusión y desorden. De acuerdo con *The Harper Collins Dictionary of Philosophy*, es aquel estado desorganizado, informe y confuso de la materia prima antes de la aparición del orden o bien la condición del universo –de una sociedad o una situación– cuando el azar constituye su principal regulación. *The Norton Dictionary of Modern Thought*, de A. Bullock et. al., ed. 1999, asimila este concepto a una situación extremadamente fluida en donde el comportamiento de sus partes componentes se encuentra críticamente afectada por la impredecibilidad debida a cambios en los valores o significados de los elementos fundamentales de esa ecuación o situación.

La tesis central de este ensayo es que las consecuencias inmediatas del cambio de época que estamos viviendo en la modernidad avanzada, cuyas tendencias y elementos se resumirán aquí, equivalen, en comparación con los paradigmas de la modernidad madura, al concepto corriente de caos y que ello afecta profundamente la gobernabilidad de nuestras sociedades. Aquí se desea distinguir el concepto de caos del de crisis. Este término de origen griego significa un punto de quiebre en una situación o tendencia del cual puede resultar su definitiva conclusión o ruina o su recomposición o renovación. La idea de caos implica la ausencia de expectativas de recomponer la situación anterior bajo nuevas condiciones y la necesidad de crear un escenario o una situación del todo nueva con todo el riesgo, el desafío y también el optimismo que esta acepción implica³.

1. LA PREOCUPACIÓN POR LA GOBERNABILIDAD EN AMÉRICA LATINA

“El quiebre de la modernidad restó validez y eficacia a los grandes modelos a partir de los cuales durante los últimos quinientos años –y particularmente en el siglo XX– se pretendió organizar la historia y las sociedades. En su reemplazo

³ Estas reflexiones se basan en experiencias y análisis realizados a lo largo de los últimos quince años, las que se utilizarán en este ensayo. Sin embargo, para ir más allá de la actualización de esos análisis a la luz de las nuevas circunstancias y, sobre todo, para ir al fondo del malestar social contemporáneo que afecta la gobernabilidad de muchos países, se centran en sus causas culturales, el surgimiento de una nueva visión del mundo en que su estructura deja de tener un significado unívoco y puede adquirir múltiples y cambiantes sentidos, como lo tiene la realidad dentro de un mismo contexto de lugar y tiempo bajo la mirada de cada uno de los miembros de un grupo de personajes relacionados entre sí en *El Cuarteto de Alejandría* y en *El Quinteto de Avignon* de Lawrence Durrell. Aquí se usan analogías literarias porque en el mediano plazo la reflexión, como la vida, imita al arte.

surge una pluralidad de visiones del mundo y de las cosas que reivindica la importancia de las perspectivas particulares y locales. La gobernabilidad de la democracia en ausencia de modelos o de mapas, depende de la capacidad de los gobernantes, los ciudadanos y sus intermediarios –tanto antiguos como nuevos– para lograr los consensos que hagan posible formular políticas que permitan responder equilibradamente a lo que la sociedad espera del gobierno. Ya no hay paradigmas, proyectos o actores sociales consagrados que garanticen la aceptación social de un régimen que no lo logre en períodos o en grados razonables. El problema de la gobernabilidad de la democracia hoy día, en un mundo globalizado e informatizado, es un problema de insuficiencia inmunológica⁴. Para erosionar un sistema ya no es necesario militar entre los perdedores de una guerra mundial, como en el caso del Imperio Ruso en la primera o de Alemania y Japón en la segunda; haber perdido un conflicto de alcance medio, como las Malvinas, o haber descarriado una revolución social, como en el Chile de Allende. Es suficiente que el gobierno escoja mal las políticas que la ciudadanía esperaba, un proceso que ha pasado a ser, no ideológico como en el pasado, sino eminentemente experimental.

Tres factores diferencian el concepto de gobernabilidad del de la mera estabilidad del gobierno o la preservación de la democracia, con los cuales lo asimilarían los buscadores de continuidad en el desarrollo del pensamiento y los que creen que, en efecto, no hay nada nuevo bajo el sol. Primero, que a diferencia de las épocas doctrinarias en que se atribuían rasgos canónicos a la democracia y se hablaba de su ruptura, sus paréntesis autoritarios, su recuperación y consolidación, hoy día ese concepto aparece tan inseparable del de gobernabilidad como la sensatez de la locura de acuerdo con Michel Foucault, de manera que hoy es indispensable analizarlos en conjunto. Segundo, que el problema de la gobernabilidad no es exclusivamente político, sino que depende de factores económicos, sociales, tecnológicos e internacionales estrechamente interrelacionados, dentro del marco de sociedades complejas crecientemente globalizadas. Tercero, que a causa de ese desdibujamiento entre la regla y la excepción, hoy es más realista analizar los grados de gobernabilidad de un sistema democrático a la luz de los factores reales que adquieren gravitación en un momento determinado que empleando modelos o esquemas académicos preestablecidos. La pérdida de confianza en los efectos del prestigio de la teoría democrática, y la búsqueda de nuevas combinaciones entre ideas, valores, liderazgos y consensos para mantenerla a flote como el

⁴ L. Tomassini, “Gobernabilidad y Políticas Públicas en América Latina”, en F. Carrillo Flores (ed.), *Democracia en Déficit: Gobernabilidad y Desarrollo en América Latina y el Caribe*, BID, 2001. Ver también L. Tomassini (ed.) *¿Qué Quiere la Sociedad del Gobierno?*, Universidad de Chile, 1994.

menos malo de los regímenes conocidos a pesar de sus turbulencias y sus cambios de ruta, es una expresión más de la pérdida de la fe en la “salvación por la ideología, por la sociedad o el estado”, para parafrasear a Peter Drucker.

En América Latina esta percepción se basa en que, después de la crisis de los proyectos ideológicos de los sesenta y los setenta, del agotamiento del modelo de industrialización promovido por el estado y de la crisis de la deuda en los ochenta, se comenzó a comprender, en la dirigencia y en la ciudadanía, la indisoluble vinculación que existe entre el crecimiento económico, la equidad social y la democracia. Hasta entonces, esos tres objetivos se habían buscado en forma separada, dependiendo de los énfasis de las ideologías imperantes, de manera que el avance en una de esas direcciones se efectuaban en desmedro de los otros dos objetivos y comprometían, por lo tanto, la gobernabilidad de las democracias⁵. Muchos análisis recientes coinciden en que las condiciones económicas e institucionales de la gobernabilidad de la democracia radican en (1) el crecimiento y la prosperidad, o el buen desempeño económico, con una inflación moderada; (2) una desigualdad en descenso o, por lo menos, la capacidad de los gobiernos para manejar los problemas de la distribución y la pobreza; (3) el grado de legitimidad y de apoyo popular ganado por los regímenes democráticos y por sus instituciones; (4) la calidad de las políticas públicas con que éstos enfrentan las demandas mayoritarias de la ciudadanía, y (5) un clima internacional favorable. La gobernabilidad de la democracia, dentro de esta percepción, no dependería de la aplicación de una ideología o de un modelo sino de la habilidad con que los gobiernos, la sociedad y el sector privado manejan las principales variables anteriormente señaladas o, de acuerdo con una frase acuñada en Santiago por el brillante economista prematuramente desaparecido Carlos Díaz Alejandro, en el “arte del second best”⁶.

El tránsito entre aquella visión idealista o ideológica de la democracia que prevaleció con el triunfo de esta última, liderada por los Estados Unidos y por sus instituciones después de la Segunda Guerra Mundial, y la preocupación más pragmática por su gobernabilidad, que surgió con tonalidades propias en América Latina alrededor de los años 90, se complicó desde sus orígenes con su

⁵ La magnitud del contraste entre la época de los grandes modelos y el acceso a esta visión más pragmática, a costa de grandes fracasos, está sintéticamente expresada por un testigo, economista y dirigente de ese período, como E. D. Iglesias en, *Reflexiones sobre el desarrollo económico: hacia un nuevo consenso latinoamericano*, BID, 1992.

⁶ Ver, dentro de ese debate, L. C. Bresser Pereira et. al., *Las reformas económicas en las nuevas democracias: un enfoque socialdemócrata*, Alianza Editorial, 1993; A. Przeworski, *Democracy and the Market*, Cambridge University Press, 1991; N. Naim, *Latin America's Journey to the Market*, ICEG, 1995 y J. M. Maravall, *Los resultados de la democracia*, Alianza Editorial, 1995.

coexistencia con las reformas de mercado que se introdujeron en la región durante ese mismo período. El desafío consistía en reemplazar un modelo por una praxis, una estructura institucional por la habilidad de crear los consensos necesarios para formular políticas públicas adecuadas para responder en cada momento a las demandas ciudadanas. Si bien éste es el proceso que hemos estado viviendo durante los últimos diez o veinte años, su dirección fue oscurecida por el énfasis que nuestros países, bajo una fuerte influencia de las agencias financieras internacionales, colocaron en la recuperación del mecanismo del mercado y en las políticas macroeconómicas. En efecto, aunque en el mediano y largo plazo este problema está planteado en términos de la crisis de los grandes modelos como fuente de estabilidad, a comienzos de los años 90 el debate se planteaba entre los idealistas que confiaban en las instituciones democráticas y los técnicos que apostaban a que la causa de la ingobernabilidad en los países latinoamericanos era el agotamiento del modelo de crecimiento hacia adentro protegido por el estado, y apostaban a que ésta se planteara dentro del círculo reducido –pero privilegiado por los gobiernos de Reagan y la Thatcher– de la centralidad del mercado y del adecuado manejo de las políticas macroeconómicas.

Este debate se dio especialmente en los organismos financieros multilaterales. Desde hacía largo tiempo el Banco Mundial ofrecía a sus clientes un *Public Management Program* que en un comienzo no estuvo al servicio de las reformas de mercado, pues éstas no habían comenzado, sino del buen manejo de sus créditos por los gobiernos prestatarios. A partir del Consenso de Washington de 1989, que ofreció o impuso principalmente a los países latinoamericanos un conjunto de reformas orientadas a fortalecer el mercado y, por consiguiente, a reducir las intervenciones del estado, esa experiencia se globalizó y se convirtió en una verdadera ideología⁷. A comienzos de los 90 en América Latina las posiciones centradas en el área chica de las políticas

⁷ El Consenso de Washington, elaborado por el Departamento del Tesoro, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial mediante la instrumentación del flamante Institute for International Economics y compendiado por John Williams, era una respuesta a la crisis del estado desarrollista en América Latina, la cual era a su vez un eco del estado benefactor en los países industrializados. Entre sus recomendaciones se contaban el equilibrio fiscal, el control de la inflación, el mejor manejo presupuestario, la modernización impositiva, la liberalización del comercio internacional, la de los mercados financieros, la privatización de las empresas públicas, la desregulación de los mercados y la reducción de las esferas de intervención del estado. A mi juicio una parte considerable de los países de la región iniciaron reformas de mercado antes o al margen de las recetas contenidas en el Consenso de Washington. El caso más conspicuo es Chile desde mediados de los setenta. Para una evaluación más equilibrada de estas políticas efectuadas más tarde, ver S. Edwards, *Crisis and Reform in Latin America* y también Rosemary Torp. *Progreso, Pobreza y Exclusión: una Historia Económica de América Latina*, BID, 1998. Para el caso de Chile ver P. Meller, *Un Siglo de Economía Política Chilena (1890 – 1990)*, Andrés Bello, 1996.

macroeconómicas y aquellas que consideraban que la cuestión de la gobernabilidad dependía de variables más amplias, que tenía que ver con la capacidad de conjunto del gobierno y las políticas públicas para atender las demandas ciudadanas era bastante irreconciliable⁸. Esa polémica fue superada por las tendencias históricas a partir de ese período.

Considero que diez años después esa importante contienda, que parecía tener un ganador garantizado, está completamente superada. El caso más emblemático es a mi juicio el de Chile, que durante los últimos treinta años –como a lo largo de toda su historia– fue un laboratorio en que se ensayaron toda clase de alternativas en sus versiones más extremas. De esta contienda, sin embargo, se pueden extraer tres lecciones. Desde un punto de vista económico, que el papel del mercado en la economía, que se estrenó en la época del renacimiento, de la revolución comercial y de los descubrimientos geográficos, es un factor insustituible como motor del crecimiento económico. Desde un punto de vista político, que la principal responsabilidad de esta actividad –como siempre lo fue a lo largo de los tiempos modernos– es la de lograr equilibrios adecuados entre el estado, la sociedad civil y el mercado en cada etapa, particularmente a partir del advenimiento de sociedades fluidas y complejas como las de la modernidad avanzada. Desde el punto de vista académico, la de que nunca más la ciencia política debe aislarse de los factores históricos, tecnológicos, económicos, sociales y culturales como intentó hacerlo bajo el liderazgo de los Estados Unidos, para asegurar la intangibilidad de su modelo y de sus intereses globales.

Aquí me permito hacer una breve digresión académica. La ciencia política contemporánea, como declaró Stanley Hoffmann al emigrar a ese país durante la segunda guerra mundial, se convirtió en una ciencia americana. La reflexión económica, política y social, desde Adam Smith, Durkheim y Max Weber, había estado estrechamente integrada y había asignado un papel fundamental a los valores culturales que inspiran una sociedad, sobre todo a partir del romanticismo europeo y del idealismo alemán, y desde Hegel hasta Simmel y Dilthey. Los Estados Unidos durante la posguerra aislaron el estudio de la política de toda suerte de cuestiones valóricas, en primer lugar para preservar

⁸ En aquella época el autor era consultor externo del Presidente del BID. Este organismo, en mi apreciación, sin declararlo hasta ahora, fue el punto focal de la visión más amplia reseñada en estas líneas, consistente en que la gobernabilidad dependía de que el estado y las políticas públicas lograran un equilibrio adecuado entre el crecimiento económico, la equidad social y la profundización de la democracia. Para desarrollar esta posición, inicialmente el BID tuvo que recurrir a escenarios externos a los que se pudiese invitar a diversos dirigentes y académicos como, por ejemplo, el Wilson Center, o a documentos personales. Entre ellos se cuenta el libro de este autor *Estado, gobernabilidad y desarrollo*, Santiago, Foro 90, 1992, y Washington, BID, 1993.

su liderazgo en el mundo libre de la competencia soviética; en segundo término para garantizar el cultivo de las actitudes favorables al florecimiento del capitalismo industrial a imagen y semejanza de la experiencia norteamericana y, en tercer lugar, a fin de crear un mundo seguro para la expansión de la *american way of life*. Esa asepsia valórica impuesta al mundo de las ciencias sociales, pero muy particularmente al interior de la reflexión política, comenzó a contaminarse –como se verá en la segunda sección– a partir de los años sesenta. Este reduccionismo impidió que el análisis político tuviera todo el valor interpretativo –por no decir predictivo y de resolución de problemas– que debía esperarse de él durante la segunda mitad del siglo XX. Ello determinó, por consiguiente, que durante el último tercio de ese siglo fueran factores tecnológicos, sociales y culturales muy superficialmente internalizados por la disciplina de la ciencia política, los que transformaron en forma tan profunda las sociedades industriales, desintegraron los socialismos reales y se convirtieron en las principales incógnitas de los países emergentes. Lo clásico en las ciencias sociales –como en el arte, parafraseando nuevamente a Durrell– “es lo que linda con la cosmología de la época”.

En la medida en que la gobernabilidad de la democracia no se defina solamente en función del prestigio de ese sistema y de la calidad de sus instituciones, sino de la capacidad de los gobiernos para lograr equilibrios entre crecimiento, equidad y democracia, esta falla del análisis político ha tenido consecuencias negativas para la comprensión de unos problemas que se han ido manteniendo en el tiempo o resolviendo caso a caso, de acuerdo con la dinámica interna de las transformaciones sociales en la modernidad avanzada, insuficientemente comprendida por los analistas académicos.

Conviene profundizar en las distintas corrientes del más tradicional de estos puntos de vista: el de que la gobernabilidad depende de la calidad del modelo político imperante en cada país en un momento determinado. Desde una perspectiva liberal, que predominó durante la segunda posguerra, la gobernabilidad de la democracia dependía fundamentalmente de la capacidad de negociación y de formación de consensos entre los diversos intereses de los principales actores políticos, y de su consiguiente capacidad para crear coaliciones estables que sustentaran un gobierno, visión que posteriormente abrió el camino para las diversas escuelas del public choice que han tenido vigencia hasta ahora, con una fuerte influencia de la ciencia económica⁹. Desde el punto de vista de un pensamiento de izquierda, una de cuyas versiones fue ampliamente difundida en

⁹ M. Olson, *The Logic of Collective Action*, Harvard, 1965; A. Downs, *An Economic Theory of Democracy*, Harper Row, 1957; M. Taylor, “The Theory of Collective Choice”, en F. I. Greenstein y N. W. Polsby (eds.), *Handbook of Political Science*, 1975.

Chile a través de la influencia que ejerció Alain Touraine, este fenómeno depende de la capacidad de acción concertada de los actores sociales predominantes definidos de conformidad con la estructura socio-económica imperante en cada época. Esta visión, a nuestro juicio, ha perdido su capacidad interpretativa en unas sociedades más fluidas y complejas, como las actuales, que carecen de una matriz tan estable como las del reciente pasado¹⁰.

En los años 90, algunos componentes de ambas aproximaciones fueron inteligentemente sincretizados en distintas corrientes que atribuyeron la clave de la gobernabilidad a la calidad de las instituciones de que dispone un país, más que al modelo político o al estilo de democracia genéricos imperantes en éste en cada etapa. El enfoque basado en la calidad de las instituciones de una sociedad, como parte integrante de su sistema político, es un elemento central de la visión entregada en este ensayo, en la medida en que constituye una condición necesaria para un manejo adecuado del gobierno y las políticas públicas para atender equilibradamente los distintos tipos de demandas de la sociedad y la ciudadanía¹¹.

En suma, en estas notas se propone una interpretación del fenómeno de la gobernabilidad, de sus causas, sus amenazas y sus posibles soluciones, eminentemente pragmática, que no depende de la validez de ninguna construcción teórica sobre la matriz socioeconómica imperante, la capacidad de efectuar buenas elecciones racionales o la calidad de las instituciones de los sistemas políticos, sino de la capacidad de los gobiernos para identificar las principales aspiraciones de las sociedades contemporáneas y para responder a ellas mediante políticas públicas pertinentes, oportunas y eficaces. Esas aspiraciones, sin embargo, dependen de la visión del mundo y de los valores imperantes en cada sociedad y en cada época.

¹⁰ A. Touraine, *El regreso del actor*, Eudeba, 1984 y *Crítica de la modernidad*, Temas de Hoy, 1973; esta fue siempre la propuesta de la literatura europea de orientación socialdemócrata, como en N. Poulantzas, *Pouvoir, politique et classes sociales*, Presses Univeristaire de France, 1968, o R. Millbank, *El estado en la sociedad capitalista*, Siglo XXI, 1969.

¹¹ Ver, principalmente, J. G. March y J. Olsen, *Democratic Governance*, The Free Press, 1995, , y también *El Redescubrimiento de las Instituciones*, FCE, 1997, así como algunos escritos de la escuela de Joan Prats Catalá, como por ejemplo en *El nuevo juego y sus reglas: construyendo la nueva institucionalidad en América Latina de los 90*, Esade, 1996.

2. LA TRANSFORMACIÓN DE LOS VALORES: UN VERDADERO CAMBIO DE ÉPOCA

Se postula aquí que desde el último tercio del siglo XX las sociedades están experimentando una transformación de sus valores tan profunda que equivale a un verdadero cambio de época, y que esta transformación, al alterar las visiones, las lealtades, las preferencias y las demandas ciudadanas, están modificando permanentemente el foco de la gobernabilidad entendida de la manera en que sintetizó al final de la sección precedente. En otras palabras, la gobernabilidad pudo basarse en la racionalidad de los modelos políticos y sociales ejecutados por la autoridad en una época caracterizada por una influencia creciente de la razón sobre la organización de la sociedad y de la vida diaria, correspondiente a la modernidad madura, pero ha pasado a depender cada vez más directamente de las preferencias del público y de la sociedad civil en un período en que esta última, tal vez por haber pasado a ser mucho más informada, diversa y protagónica que antes, se expresa con más potencia a través de múltiples voces en las cambiantes condiciones de la actual etapa: la de la modernidad avanzada.

Hace más de un cuarto de siglo que oímos o sentimos —escuchar no es lo mismo que entender— que estamos viviendo en sociedades posindustriales, posestructuralistas o posmodernas, en sociedades complejas, del conocimiento y del riesgo. Sin embargo, el mundo de las ciencias sociales —y en particular de la ciencia política que se aisló hace tiempo de reflexiones más globales— no ha extraído, a mi juicio, sino una mínima parte de las consecuencias de esta nueva situación para su interpretación de las instituciones y las actividades políticas.

El aislamiento de las ciencias sociales a partir de la segunda posguerra de las grandes mutaciones valóricas, orquestado por los Estados Unidos a través de sus ricas universidades, fue durante varios decenios el principal responsable de esta impermeabilidad de la visión académica con respecto a la realidad social. Pero la prolongación de este aislamiento después de las revoluciones culturales de fines de los años sesenta, y sobre todo después del fin de la guerra fría a fines de los 90, ha pasado a ser inaceptable. Ello es parte de la explicación de por qué los medios de comunicación, las empresas de imagen y los malls han reemplazado a los intelectuales y a la clase política en la formación de la opinión y en el liderazgo de la gente¹².

¹² Esto ha pasado todo el tiempo. Kant enseñó en Königsberg la filosofía escolástica de la época durante cuarenta años mientras redactaba la *Crítica de la Razón Pura* y la *Crítica de la Razón Práctica* que terminarían por destruir la escuela que él enseñaba. Giddens, Beck o Held no necesitan tomar en cuenta las últimas propuestas de Huntington para describir

Hace alrededor de quince años escribí en la página de redacción de un periódico que para comprender y manejarse en el mundo de hoy necesitamos diseñar nuevos mapas cognitivos¹³. La necesidad de nuevos mapas se debe a que el cambio cultural del último tercio del siglo XX ha transformado de tal manera nuestra percepción de la realidad, y nuestro trato con ella, que como ya se ha afirmado, equivale a un cambio de época. Estos cambios han ocurrido, con mayor o menor profundidad, en varias de las etapas de la evolución del mundo occidental. ¿En qué consiste este cambio de época?

La cultura cristiano-occidental fue fundamentalmente esencialista en el sentido aristotélico-tomista, según la cual la naturaleza y la función de las cosas, nuestras relaciones con ellas y nuestro lugar en el mundo estaban definidos unívocamente por unas esencias universales, inmutables e imperativas, que definían nuestras identidades. Este pensamiento esencialista se origina en la metáfora platónica de la caverna contra cuyo fondo estaríamos encadenados, y en el cual veríamos las sombras proyectadas contra él por el desfile de unas esencias inmutables frente a la luz del conocimiento. Nuestra identidad estaba determinada por la esencia a la cual respondíamos, y no podía cambiar o diferenciarse, de acuerdo con los principios tomistas de identidad y contradicción, de conformidad con los cuales una cosa sólo puede ser lo que es, y no podría tener varios significados. La autoridad, la sociedad, sus clases sociales, la familia, la educación y los oficios debían tener una identidad preestablecida de acuerdo con unos arquetipos universales, cuyo carácter estaba inscrito en la naturaleza de las cosas. Como la ética –los valores– son dependientes de la ontología, esto es, de nuestra visión del mundo, se derivaba de ello que la bondad o maldad de una institución, de una persona o de sus comportamientos derivaba de juicios universales e igualmente inmutables. La modernidad avanzada podría ser representada, pues, como la salida de la caverna.

No estoy haciendo aquí una caricatura, sino describiendo cómo evolucionó el mundo occidental a lo largo de sus distintas etapas. De esa visión del mundo surgió la autoridad de la iglesia, el error de la herejía, la legitimidad de las cruzadas y de los tribunales de la inquisición, las guerras de religión, la condena de Galileo y la marginación de Pascal por la espiritualidad de su Oratorio, la Asamblea y el Terror en que de hecho desembocó la ideología de la Ilustración,

los profundos cambios que están ocurriendo en las actuales sociedades del mismo modo en que aquél seguramente no considera necesario conocer los aportes de estos intelectuales para revisar sus enfoques y su obra. Esta es una brecha inconmensurable, de catastróficas consecuencias no tanto para la academia, que no es el tema de este ensayo, sino que para la comprensión del mundo real por parte de la ciudadanía.

¹³ Esta frase fue utilizada por Manuel Montt Balmaceda para inaugurar el siguiente año académico en la Universidad Diego Portales.

la Santa Alianza que se conjuró para derrotar esas ideas y restaurar la monarquía y los principios del antiguo régimen, la canonización pública de unos valores violados todos los días en privado durante la época victoriana, y la condena de Oscar Wilde o el ajusticiamiento de Dreyfuss, hasta llegar a las políticas de Hitler o Macarthy o hasta las de Jomeini y Bush.

Desde el punto de vista de la epistemología —o teoría del conocimiento— que presidió la cultura occidental, lo que distinguía un sofá de una cama era que cada una de ellas respondía a un arquetipo y un objetivo previos, cuya expresión en la realidad podía presentar variaciones menores, de acuerdo con la definición aristotélico-tomista de la sustancia y los accidentes, pero no podía ser una cosa y otra, o bien un término medio. Un escurridor de botellas no podía confundirse con la imitación en fierro de un árbol, porque era la expresión de su propia idea y no la copia de este último, lo que Duchamp confundió por completo al colocar un viejo escurridor en un museo, sosteniendo que no era ni una cosa ni otra, sino un “objeto de arte” por sí mismo. La epistemología anexa a esa metafísica consideraba que la razón es una “tabula rasa” en la cual el hombre tiene la capacidad de reflejar tal cual son los objetos que forman la realidad. Como este privilegio siempre careció de explicación, Kant agregó que ello se debía a que la razón posee internamente, como en la configuración de un software, unas categorías que le permiten aprehender la realidad en la misma forma en que está clasificada según los rasgos de cada uno de los seres que la integran, correspondencia entre el conocimiento y la realidad cuya problematicidad él dejó pendiente. Como la ética es asimismo una consecuencia de la ontología, y nuestra valorización de las cosas depende de nuestra concepción del mundo, la civilización cristiano-occidental ha adolecido también durante largos períodos, rotos por rebeliones humanistas tanto teóricas como prácticas, de una moral de imperativos inmóvil, inflexible y dicotómica, y como los conflictos morales son aquellos que más afectan la psicología de las personas, por lo que generalmente tendemos a ocultarlos o sublimarlos, para estudiar las enfermedades de la mente Freud tuvo que penetrar en el inconsciente e incluso asignar a éste un papel predominante a la represión de la sexualidad y de otros impulsos sociales.

A fin de sintetizar el discurso, definiremos por modernidad aquella rebelión efectuada en nombre de la razón contra un mundo de autoridades admitidas, que se inició con el renacimiento, la reforma y la emergencia del comercio, la banca, el arte, la burguesía y las ciudades-estado independientes al final de la edad media. A estos procesos se debe la invención del estado, el mercado y la sociedad civil, cuerpos extraños a la sociedad feudal, señorial, jerárquica, rural, teológica y guerrera. Con ese mismo propósito, podríamos sostener aquí que los impulsos libertarios, diversos y exploratorios de la naciente modernidad crearon conflictos que se concentraron, como era de esperar, en el área religiosa,

y que fueron sofocados, disciplinados y regimentados al final de las guerras de religión en 1648, abriendo paso a un progresivo avance de la razón —y de sus expresiones más autoritarias como el absolutismo en lo político y el antiguo régimen en lo social— sobre aquella explosión de particularismos que dio origen a los tiempos modernos.

La segunda revuelta de la razón, esta vez en nombre de la libertad y la igualdad contra la racionalización autoritaria, que se expresó en el pensamiento ilustrado y en las revoluciones americana y francesa, fue rápidamente sofocada por la Santa Alianza formada por las monarquías absolutas. Esta reacción abrió un período de equilibrios precarios entre una racionalidad tradicional, autoritaria y conservadora y una racionalidad liberal, la cual a la larga se impuso como consecuencia de la revolución industrial desarrollada desde Inglaterra a fines del siglo, con su secuela de innovaciones como el surgimiento de nuevas clases sociales, de nuevos balances políticos y nuevas formas de vida urbana. Esto último abrió paso en la segunda mitad del siglo XIX a las sociedades industriales de las que somos herederos directos, presididas por un estado promotor, industrial en lo económico, benefactor en lo social, militar y burocrático. Las sociedades industriales difundieron los principios heredados de sus antecesoras tradicionales dentro de moldes más modernos, pero no menos rígidos ni homogéneos, cuyo representante, el estado, acompañaba al ciudadano “desde la cuna hasta la tumba” de conformidad con un paradigma previo legitimado por la ideología en boga, de carácter homogéneo. Lo que aquí denominamos la modernidad avanzada está rompiendo esas categorías. ¿Cómo se manifestó este fenómeno?

Lord Keynes dijo que detrás de todo gran hombre práctico había un pensador difunto. Los desastres se producen cuando aquellos hombres prácticos olvidan a sus inspiradores. El cambio cultural de nuestro tiempo, de larga gestación y que implicó la ruptura no simultánea de numerosos diques ideológicos, tiene una raíz filosófica —que siempre influye en las sociedades varias generaciones más tarde— en la última parte del siglo XIX, en el corazón de la modernidad madura, y en pleno auge y consolidación de las sociedades industriales. Tal vez la más influyente de las corrientes intelectuales que cuestionaron esas premisas se originan en el historicismo filosófico alemán de fines del siglo XIX, gestado precisamente para dar una explicación de porqué, el que era tal vez el principal centro de la cultura europea, había sido incapaz de construir una fuerte expresión política, diluido como estaba en el mosaico del Sacro Imperio. Tal vez fue Dilthey el que contribuyó en forma más poderosa a establecer la concepción de que hay un “espíritu de una época” del cual dependen todas las formaciones subjetivas, económicas, políticas y sociales de cada etapa en la evolución de la cultura. De una u otra manera, de él fueron tributarios Simmel, Weber o Sombart, hasta llegar a la época

contemporánea con Ferdinand Braudel y la escuela de los anales de Estrasburgo o a Michel Foucault y su genealogía de la enfermedad y la locura, del crimen y del castigo, o la arqueología del saber¹⁴.

Pero a mi juicio fue Heidegger, tan hermético como discutido, el que en la transición de un siglo a otro sembró las semillas a partir de las cuales germinó de muy diversas maneras el pensamiento, la sensibilidad y la práctica de la modernidad avanzada. El planteó la visión de que somos un “ser-ahí” (un *Dasein*), de que constituimos un ser-en-el-mundo en que ambos términos se construyen mutuamente y de que, por lo tanto, somos un proyecto abierto, una posibilidad que se va diseñando en el tiempo, en interacción con los otros y con las cosas con que tratamos. El problema del ser, según él, no podría ser resuelto fuera de su misma existencia. Nuestra identidad, y la de los objetos que forman parte de nuestro mundo, es fruto de una interacción recíproca. Existe una interrelación entre el sujeto y su mundo, en la medida en que aquél construye su identidad y a partir de ella atribuye significados a las cosas y crea un mundo de sentidos. Nuestra identidad, y la del mundo, es fruto de una interacción recíproca. Ortega y Gasset, su indirecto difusor en el mundo de las letras hispánicas, lo ratificó con su declaración de que “yo soy yo y mis circunstancias”.

Esta visión desestabiliza las categorías parmenídeas, platónicas o aristotélicas en que se basó nuestro conocimiento del mundo y de las cosas, de su valor y su significado, según las cuales todos los seres tienen una naturaleza fija, conferida desde afuera, y existen en la medida en que constituyen el reflejo de una esencia permanente que es siempre idéntica a sí misma y nunca puede encerrar ambigüedades ni contradicciones. Nuestra vida no consistiría pues, según la bella frase de Píndaro, en llegar a ser lo que somos –un somos que tiene un sesgo de univocidad preestablecida– sino en ser posibilidad o proyecto que, en su relación con los otros y con las situaciones con las que tratamos, se va construyendo a sí mismo y, a la vez, construyendo su mundo¹⁵.

¹⁴ Ver W. Dilthey, *Introducción a las Ciencias del Espíritu* y los volúmenes siguientes de esta obra en la traducción de FCE, 1944 y siguientes.

¹⁵ Ver principalmente M. Heidegger, *Ser y tiempo*, en la segunda y excelente traducción de J. E. Rivera, Editorial Universitaria, 1997. Para una síntesis referida a nuestro cambio de época, ver L. Tomassini, “El giro cultural de nuestro tiempo”, en B. Klicksberg y L. Tomassini, *Capital social y cultura: factores críticos del desarrollo*, Fondo de Cultura Económica, 2000. Una singular aplicación de las consecuencias de aquella visión en la sociedad contemporánea se encuentra en los tres últimos Informes sobre el desarrollo Humano en Chile, del PNUD, y en la obra de N. Lechner, desde *Los Patios Internos de la democracia*, FLACSO, 1987 hasta *Las Sombras del Mañana: La Dimensión Subjetiva de la Política*, Lom, 2002.

A lo largo de la modernidad madura la sociedad era concebida como si estuviera organizada de acuerdo con un proyecto social o con un modelo previo ejecutado por el estado o por los grupos dominantes. El resultado era el predominio de lo general sobre lo particular, de la estructura sobre la persona, de la sociedad sobre el individuo y de la idea sobre la vida. La sensibilidad cultural emergente prefiere la diversidad a la uniformidad, el cambio a la estabilidad, la flexibilidad a la persistencia, lo contingente a lo necesario y lo que está abierto a lo concluso. Hay una fuerte valoración de nuestra capacidad de optar y también de la diferencia, que antes era considerada como “reírse en la fila”.

El arte y la literatura captan los cambios culturales, o se anticipan a ellos, con más sensibilidad que la razón. Ya todo estaba dicho cuando Hamlet dijo a su amigo: “Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, que las que caben en nuestros razonamientos”. Borges inicia el Otro Poema de los Dones diciendo: “gracias quiero dar al divino laberinto de los efectos y las causas por la diversidad de las criaturas que forman este singular universo”, y contrasta esa diversidad con el oficio de la razón, “que no cesará de soñar con un plano del laberinto” El mundo está constituido por el sentido que le atribuimos: nosotros lo construimos al poner nombre a las cosas.

Pero fue Anthony Giddens, heredero a menudo indirecto de esta tradición reflexiva, el que ha dado las claves fundamentales para entender la cultura de la modernidad avanzada. Por ello hoy día los individuos, sus colectividades y sus situaciones se encuentran como desgajados –*disembedded* al decir de Giddens– de esos nichos tradicionales y, por lo tanto, unos y otros se ven obligados a construir por sí mismos sus identidades: la nación, la clase, la familia, el colegio, la ideología, el partido, la localidad o el barrio. Nos enfrenta, así, con el desafío de construir esas identidades. Vivimos, por lo tanto, en un mundo de identidades construidas: en un mundo en que el riesgo ya no es externo o accidental en nuestra vida sino que es existencial o constitutivo de nuestro llegar a ser nosotros mismos¹⁶.

La idea de la tercera vía utilizada para renovar la política progresista a ambos lados del Atlántico ha recogido en forma superficial e incompleta, en la medida

¹⁶ De A. Giddens, ver principalmente *Modernity and Self-identity: Self and Society in the Late Modern Age*, Stanford University Press, 1991, en que expresa con máxima claridad su hondo aporte a las ciencias sociales, mucho antes de los escritos que en 1999 fueron utilizados para renovar la izquierda democrática en Europa y los Estados Unidos, *La tercera vía y Un mundo desbocado*. Ver también U. Beck, *Risk Society: Towards a New Modernity*, Sage, 1992, así como en compañía de A. Giddens y S. Lash, *Modernización reflexiva: política, tradición y estética en el orden social moderno*, Alianza Universidad, 1994.

en que parecía ser funcional para esos fines partidarios, la situación de un mundo en búsqueda de identidades y sentidos descrita por Giddens. En otro lugar lo he ilustrado con la imagen de una plaza, en una de cuyas esquinas se encuentra de pie una persona decidiendo si caminará hacia la derecha, en donde encontrará a un determinado grupo de amigos, o a la izquierda donde suelen reunirse unos contertulios de ideas diferentes. En esta visión simplista, la tercera vía rechazaría esa opción binaria, y propondría la posibilidad de caminar en diagonal por la plaza, mirando hacia ambos lados, como por la vía que actualmente atraviesa diagonalmente la Plaza de la Constitución en Santiago. En la política y el gobierno esto significaría la posibilidad de integrar en un nuevo camino elementos de ambas partes, de la derecha y de la izquierda, a fin de tener una derecha con un poco de sensibilidad social –no muy distinta a la que hace mucho más de cien años trató de imprimirle la *Rerum Novarum*– y una izquierda con algo de mercado. Con razón esta caricatura no ha arraigado en las sociedades actuales. Lo que nos propone la tercera vía, o más bien dicho su autor, Giddens, es romper los planos de la plaza para que podamos caminar a todo lo largo y ancho de ella, hacia atrás y hacia delante, hasta encontrar nuestro nicho –o nuestro grano de maíz– como lo hacen las gallinas. Dejar los mapas y cambiar de ruta no era bien visto en la modernidad moderna. Compay Segundo dice a un amigo que no logra caminar derecho: “oiga, fijese compadre, cambió la calle por la vereda”. Y Mercedes Sosa cantaba: “así como todo cambia, que yo cambie no es extraño”.

3. LAS CONSECUENCIAS SOCIOPOLÍTICAS DE LA MODERNIDAD AVANZADA

Los orígenes de estos cambios pueden simbolizarse en las revoluciones culturales que en 1968 tuvieron lugar en París y en Praga, en el triunfo de los hippies en Londres o del rock en Woodstock, en Tlatelolco y en Santiago, eclosiones precedidas hacía tiempo por múltiples expresiones contraculturales. Esas revueltas fueron sofocadas, pero sus semillas maduraron cuando esa generación creció. Aunque gran parte de ella ingresó al estrato de los ejecutivos, muchos optaron por usar camisetas de colores o abandonar los suburbios que sus padres habían construido para reinstalarse en un centro urbano restaurado, modificando considerablemente su imagen corporativa. Ellos, con la ayuda de la revolución digital que reemplazó al ciclo tecnológico basado en el petróleo, cambiaron profundamente las pautas de producción y de consumo, desestabilizando el ritmo y la orientación del crecimiento económico. Por eso la OCDE, que es el club de los países ricos, encargó en esos años a R. Inglehart un estudio basado en extensas encuestas acerca de la transformación de los valores en los países industriales, que llegó a la conclusión de que aquellos

estaban cambiando muy aceleradamente, desde un conjunto de opciones materialistas hacia otro de valores posmaterialistas, que apuntaban a un mundo en que “las ideas pesaran más que el dinero”¹⁷. El informe de la OCDE se publicó bajo el título de *Interfutures* en 1970.

En América Latina, y particularmente en Chile, desaparecieron los nichos tradicionales que moldeaban nuestras identidades como la aldea o el barrio por obra de la urbanización; la familia extensa, con su influencia social y su base en la autoridad y en la distinción de géneros, que precisamente alrededor de esa época trató de reproducir sus mismos rasgos en la nueva familia nuclear, lo que equivalía a montar Aida, con elefante y todo, en un teatro de bolsillo; la organización sindical, que hizo posible el justicialismo en Argentina y el que a partir de Menem generó un gobierno liberal debido a que había bajado extraordinariamente la proporción de obreros sindicalizados en la fuerza de trabajo argentina; la clase terrateniente, que desapareció como resultado de la reforma agraria en Chile, la cual según un político fue lo más parecido que el país tuvo a una guerra civil en todo el siglo XX, y que fue reemplazada por una oligarquía financiera, de contornos múltiples; el estado industrial y benefactor, que bajó de aproximadamente un 80% a un 20% su control sobre la inversión y el gasto públicos; las ideologías, que en algún lugar he definido como “un tour mundial con todo incluido”; los partidos políticos, que entraron en crisis debido a la pérdida de sus principales referentes: el estado, la clase, la representación o la ideología; el liceo, formador de dirigentes; el servicio nacional de salud, el seguro obrero obligatorio y las cajas de previsión; las llamadas “autoridades morales”, que perdieron influencia pese a sus anacrónicos esfuerzos por disciplinar a la sociedad y a los parlamentarios. Lo único que pareciera haber sobrevivido es una clase política formada para conquistar votos distritales, en medio de un creciente alejamiento ciudadano, en lugar de haberse renovado para manejar a través de políticas públicas adecuadas los delicados equilibrios que la nueva cultura cívica reclama con visión de país y de mundo.

La obsolescencia de los mapas ontológicos y valóricos mediante los cuales la modernidad madura procuró comprender la realidad y manejarla enfrentó a las actuales sociedades con la necesidad de navegar sin instrumentos en cielos turbulentos o de recorrer sin planos territorios ignotos. Personalmente estimo, por razones aquí apenas sugeridas, que la política y sus instituciones permanecieron entre los sectores más rezagados frente al cambio, debido a su devoción al poder entendido en forma clásica muy diferente a las aspiraciones

¹⁷ R. Inglehart, *The Silent Revolution: Changing Values and Political Styles Among Western Publics*, Princeton University Press, 1977; *Culture Shift in Advanced Industrial Society*, 1990 y *Modernization and Postmodernization*, 1997.

de los nuevos grupos ciudadanos. Fue a partir de esa etapa cuando la gobernabilidad de los países comenzó a ser problematizada. Al igual que en los años 90, el ingreso a los años 2000 enfrentó con una nueva crisis de gobernabilidad a la mayor parte de los países latinoamericanos. En estas notas no se exhiben datos porque estos no existen en el caos: en él, a lo más, uno podría discernir tendencias. Algunos de los analistas más imaginativos volvieron a recomendar, para superarlas, recetas del pasado: según un brillante sociólogo chileno, si este país no retomaba un ritmo de crecimiento de 7% anual que hasta 1998 había mantenido por bastante más de una docena de años, se estancaría su sistema económico, se deslegitimaría su régimen político y un malestar estructural se apoderaría de vastos sectores sociales. Varios años después sigue siendo evidente que aún faltan ideas y proposiciones que permitan enfrentar el problema trascendiendo los antiguos moldes de las dirigencias políticas y acercándose a la sensibilidad de las actuales sociedades.

La idea de que éstas estaban preordenadas por un paradigma o un modelo previo sancionados por una autoridad religiosa, ideológica o moral y por los poderes que los administraban, y de que también lo estaban nuestras vidas en medio de esas sociedades, ha perdido todo crédito. En dichas sociedades se podía predecir quienes estaban condenados al éxito o al fracaso conociendo su situación dentro de su estructura, pero la inevitabilidad de este destino dependía de la visión racionalista –o ideológica– del mundo que prevaleció a lo largo de ese período. La principal continuadora de los fados de Amalia Rodrigues –Mariza– hace decir al personaje de una de sus canciones: “eu tenia que pecar, de acordo con o meu fado, e por eso chege a pecar”, siendo el fado el destino. Las sociedades en la modernidad avanzada rechazan la idea de que un modelo o una ideología preestablecida, cuya legitimidad sea el reflejo de su correcta visión de la estructura socioeconómica dominante y de los intereses de los actores sociales que la representan, tenga validez interpretativa y capacidad operacional. No creen que ni el éxito ni el fracaso de las trayectorias sociales dependan de esos factores. Esta nueva percepción modifica radicalmente la visión de las sociedades que se constituyeron en la modernidad madura, en el sentido de que de acuerdo con ella las fronteras entre sus principales esferas –el estado, la sociedad y el mercado– eran diseñadas de acuerdo con las ideologías imperantes. A lo largo de la historia contemporánea los grupos dominantes tuvieron la capacidad de ejercer esa labor de ingeniería política y social. En las sociedades complejas, diversas, indeterminadas y fluidas que constituyen nuestro mundo, aquello se ha vuelto imposible, y tanto las antiguas fronteras del estado industrial y benefactor como las nuevas combinaciones entre lo que queda de éste y el mercado, no llegan a proporcionar una cabal comprensión de la actual sensibilidad cultural de la comunidad y la ciudadanía.

Esta situación de confusión o caos afecta todas las esferas, no sólo de la estructura social, sino la de la vida privada. Aquellas reformas que pretendieron reinstaurar y fortalecer el mecanismo del mercado como motor del crecimiento económico transgredieron ese objetivo y crearon verdaderas sociedades de mercado, en donde éste no sólo regula la inversión, los precios, la producción y el crecimiento económico, sino también la seguridad social, la salud, la educación, la vida en las ciudades, el acceso a habitats privilegiados o degradados y, por lo tanto, la calidad de la vida y la seguridad ciudadana. En ellas la estructura impositiva es convertida en intocable por los grandes intereses corporativos y se instala una distribución regresiva del ingreso que desde los Estados Unidos hasta Chile se encuentra incorporada a sus sistemas económicos y sociales. El llamativo profesor del MIT Lester C. Thurow ha demostrado que la totalidad del crecimiento del ingreso en los Estados Unidos después de los años sesenta ha sido capturado por el diez por ciento más afortunado de la población de ese país¹⁸. Cuando en una sociedad profundamente desigual cada familia –cada ciudadano– debe pagar por su educación, su salud, y su pensión, y carece de una protección frente al deterioro urbano, la degradación del medioambiente o el incremento de la inseguridad ciudadana, se generan malestares que, en ausencia de políticas públicas de origen democrático, producen manifestaciones de malestar de distintos grados de intensidad. Esos grados son los que determinan la gobernabilidad de la democracia. La destrucción de los moldes históricos que definieron las identidades y disciplinaron a las personas y a las instituciones sociales durante la modernidad industrial produce una sensación de caos cada vez más generalizada en la medida en que no emergen canales y liderazgos políticos identificados con la sociedad civil y con los temas valóricos que ésta constantemente vocea. Ello genera una sensación de ingobernabilidad que, aunque potencial o difusa, plantea a la gente común y corriente –los que deberían constituir la ciudadanía– interrogantes sin respuestas claras sobre el futuro de la democracia.

Estas reflexiones terminan donde debieron empezar. En la enunciación de los desafíos a la gobernabilidad democrática en las sociedades contemporáneas. En definitiva, como lo advertí en un comienzo, optaron por resumir los antecedentes ontológicos, éticos y sociológicos que, al generar una nueva sensibilidad cultural que –como lo he reiterado– equivale a un cambio de época, crearon estas nuevas situaciones y fuentes de ingobernabilidad que han emergido en los tiempos del caos, tal como éstos fueron definidos al comienzo de este texto.

¹⁸ L.C. Thurow, *The Future of Capitalism: How Today's Economic Forces Shape Tomorrow's World*, Morrow, 1996. Para colocar sus juicios en un contexto más amplio, ver M. J. Maznar, Presidente Emérito de Merrill Lynch, *Global Trends 2000*, y B. Emmott, Editor Jefe de *The Economist*, *Lesson for the Twenty First Century*, FSG, 2003, y especialmente sus capítulos sobre la igualdad.